

te de estos dominios, como lo eran las provincias internas de occidente. Creóse para su vasta extension la comandancia general de Chihuahua con entera independencia del vireinato de Méjico. Naturalmente la guerra se hizo con mas teson y acierto contribuyendo eficazmente á ello los presidios que se establecieron para cubrir las fronteras. A su sombra se fundaron colonias que dándose la mano con ellos y con un género de organizacion militar formaban el baluarte que protegía á Chihuahua y los otros departamentos de Durango y las Sonoras.

Corria empero el último tercio del siglo y las incursiones é insultos de los bárbaros se habian repetido fuera de toda medida y sufrimiento, cuando el gobierno se dedicó con todo empeño á hacerles una guerra cruda, poniendo en campaña cuatro mil hombres que le costaban un millon de pesos al año. Mas nada fué posible para subyugarlos, porque resucitando de sus propias cenizas volvian á la carga con nuevo furor; y como su sistema de guerra era singularmente bárbaro y refinado, como peleaban sacando el partido posible de los accidentes del terreno, armando celadas, no presentándose en cuerpo, dando sorpresas á mansalva y apoyándose constantemente en los bosques, en donde tenian sus almacenes, su cuartel general, sus familias, su todo, porque todo era para ellos el bosque, fatigaban indeciblemente al soldado, y era imposible cubrir de sus ataques alevosos una linea tan extensa.

La política del gobierno hubo de variar en consecuencia y se dirigió desde entónces á comprar la paz con los medios con que hasta allí se habia hecho la guerra, sin aflojar no obstante en los aprestos de la de-

fensa.—Negociábase con ellos una paz tan luego como la pedian, á pesar de la evidencia de su poca fe, y de que volverian á tomar las armas tan pronto como la oportunidad se les presentase.—Atendíanse con los estipulados socorros sus necesidades, regalábaseles armas y bujerías, castigábaseles á lo bárbaro despues de haber tolerado menores insultos, y la paz concluía con el día en que la calidad de las ofensas, ó la fuerza de sus antiguos hábitos, ó la escases de víveres ó un pretexto cualquiera venian á ponerles las armas en las manos. El gobierno no se dormía en todo esto, sino que su política se dirigía á hacerles contraer nuevas necesidades ó nuevos vicios que disminuyesen su independencia, á soplar el fuego de la discordia entre unas y otras tribus, manteniendo con especial cuidado la antigua ribalidad entre apaches y comanches, y á neutralizar por todos medios su energía y sus recursos. Con un enemigo tan artero, falso y temible todos los medios se creian santificados por la necesidad de la propia conservacion.

Las armas que se les daban aunque muy vistosas y de poca subsistencia, mas les servian de embarazo que de otra cosa, pues como no sabian recomponerlas, y carecian por lo comun de municiones, concluian bien pronto con hacer de ellas cuchillos ú otro cualquier uso. Así se creyó que no habia riesgo en satisfacer esta clase de caprichos, que podian conducir á crear en ellos necesidades, que por fin abriesen brechas en su naturaleza salvaje; único medio de reducirlos á la impotencia ó á que tomasen hábitos mas racionales. Por otra parte el fusil nunca puede ser el arma del salvaje, y dado caso que los obtuviese en abundancia, todavía tendria



que regimentarse bajo una ú otra forma para sacar partido de ellos; no siendo difícil preveer de aquí un tránsito natural de la disciplina militar á la civil; cosa que repetiré está en nuestros intereses, porque lo que nos daña en el apache es su naturaleza salvaje, no el número ni otras circunstancias, y todo lo que sea acabar con aquella es dar pasos hácia nuestra seguridad.—La guerra del apache es temible porque nos la hace á lo salvaje.—En todo caso convendría que nuestro gobierno ocurriese al de los Estados-Unidos del Norte para que sus súbditos no proveyesen de armas y municiones á los bárbaros de las fronteras como lo están haciendo en el dia, pues de recibirlas no debería ser por otro conducto que nuestras manos.

A la sombra de esta política guerrera á la vez que diplomática Chihuahua ha gozado por cuarenta años de una paz bastante sólida, que ha permitido á la industria y mas que todo á la agricultura y ganadería tomar un vuelo rápido, habiendo mas que doblado la poblacion en este periodo. Pero últimamente se redujeron los presidios que á fuerza de desatenderlos han venido al estado de nulidad en que se encuentran; y esta fué la señal en los bárbaros para avalanzarse sobre su presa natural. Hízoseles la guerra con algunas cortas ventajas en 1832 y se ajustó una paz tan poco decorosa como insubsistente, pues este es el dia en que desde aquella fecha no han cesado sus incursiones y correrías. Las consecuencias han sido tan fatales como lo prueban lo despoblado de los campos, la ruina completa de la ganadería y de la agricultura en cuyas pérdidas figuran ya cantidades inmensas, la paralización universal, el desaliento y pavora que han produci-

do en todas las clases la carestía de los víveres, y mil otras calamidades que de aquí se originan.

El sistema del gobierno español á cuyo abrigo floreció Chihuahua (1), cualesquiera que fuesen sus defectos, era al ménos uno y se seguia con teson: en el dia se halla aquel destruido y nada se le ha substituido, siendo escusado recordar que entre todos los sistemas así en este como en cualquiera asunto el peor consiste seguramente en no *seguir ninguno*. Sin embargo, el que nuevamente se plantease, creemos debería llevar el sello de los cambios profundos que en la administracion y en la sociedad ha acarreado la independencia. El gobierno hasta el dia, ocupado en atenciones mas graves, no ha podido dedicarse con empeño á proveer á una urgencia de tal naturaleza como esta; pero en realidad lo que deseáramos seria no tanto que tomase sobre sus hombros una guerra tan trabajosa, sino que pusiese á Chihuahua en estado de hacerla ventajosamente por sí mismo empleando aquella iniciativa, aquel poder de direccion y organizacion, que tambien sentarian con sus funciones tutelares, y de que tanto necesita un pais á quien coge de nuevo la tarea de gobernarse á sí mismo. Una campaña ejecutada á gran costa nos aliviaria por el momento; pero ninguna

(1) *Se halla compendiado en la instruccion reservada del conde de Galves, cuyo precioso documento tiene entre otros que le he presentado el Sr. ex-conde de la Cortina, á quien van dedicadas estas pobres observaciones, y del cual pueden sacar sus expertas manos las grandes ideas y ventajas que yo no he podido, aunque lo he deseado, ofrecer á mi patria.*



garantía quedaria para el porvenir: la guerra se reproduciria con seguridad, y el torrente del mal se habria suspendido por un solo dia. Lo que se necesita es que renazca la confianza de la seguridad en el pecho del ciudadano y sobre todo del cultivador y del ganadero; pero ¿sobre qué fundar esta confianza? ¿Deberá descansar exclusivamente sobre un gobierno que reside á centenares de leguas, y que aunque se le suponga dotado de la mejor voluntad, no puede aplicar aquella intensidad de atencion, aquella prontitud de remedio que requieren la urgencia y gravedad de nuestro caso? El mal es esencialmente local; es preciso pues que el remedio nazca allí á su lado y tome sobre el terreno mismo toda la fuerza y vigor necesarios para combatir con aquel cuerpo á cuerpo, y con probabilidad de buen éxito. Los demas departamentos pueden impunemente por ahora cruzarse de brazos y dirigirnos desde el fondo de sus seguros asilos, estériles muestras de compasion y simpatía. Tome, pues, á pechos el nuestro su propia defensa; ármese todo chihuahuense para la de sus hogares, de sus altares, de cuanto hay mas precioso en la vida; *guerra de muerte á los Apaches* sea el grito que del uno al otro ángulo subleve en masa las poblaciones y haga rebosar en ira santa el pecho de todo hijo digno de la patria; hágase la guerra nacional, de todos y por todos contra los impíos; muévanse todos los resortes que tienen influencia sobre el corazon; venga en una palabra el impulso de adentro y no nos impongamos la vergonzosa necesidad de andar pordioseando de puerta en puerta la conservacion de nuestras haciendas y de nuestras vidas. ¡Qué! ¡Ciento cincuenta mil habitantes se retirarian ante un puñado de enemigos, que ni lle-

van el signo de la cruz, ni conocen la civilizacion ni son otra cosa bajo un simbolo humano que la fiera del desierto? ¡Y haríamos en tales manos la abdicacion de nuestro carácter de hombres y de cristianos? ¡Y nuestros padres, pocos en número, pero muchos en aliento, á fuerza de riesgos y de privaciones habrian plantado esta rica viña para que nosotros la abandonásemos indefensa al colmillo del Jabalí? Nunca; ¡léjos de nuestra frente tal ignominia! ¡Pase nuestro honor á la posteridad sin mancilla!

Bien conocemos que uno de los primeros obstáculos con que habria que luchar seria la apatía que hábitos antiguos y recientes desengaños ha hecho cual mortífero veneno circular por las venas de la sociedad; pero qué! ¡Tamaño mal, una calamidad inaudita, una catástrofe inminente no serian parte para alentar los pechos de los ciudadanos, para encender en ellos la llama santa del amor de la patria? No se diga tal de mis paisanos; lo que hace falta es pureza, decision y patriotismo en los que han de ponerse al frente del movimiento, que el pueblo presto está y es muy fácil comprometerlo en una causa tan santa; désele el ejemplo y no se exijan entretanto sus sacrificios.

Los habitantes pacíficos que tanto honran el carácter de una nacion vendrian con su fuerza de inercia á obstruir este movimiento patriótico; y con efecto, es increíble hasta que punto los hábitos de mis compatriotas y en especial de los campesinos son extraños al conocimiento y manejo de las armas; ¡pero es por ventura tan difícil inspirar hábitos y alientos guerreros á un pueblo que vive al frente de su enemigo natural? Desgraciadamente para la felicidad pública los gobiernos tie-



nen que luchar mas frecuentemente con el espíritu belicoso de sus subordinados; y ¿seria posible que en Chihuahua cuando todo motiva y santifica la guerra las tendencias pacíficas fuesen inatacables? Además, la guerra no habria de hacerse sino por consideracion á la paz: hágase, pues, comprender al pueblo que es una paz armada la que se hace indispensable en su actual estado. De todos modos esta es en nuestro concepto la tabla del naufragio; es preciso interesar al pueblo en la guerra; que sea él, no el gobierno solo de Méjico, ni el del mismo departamento, quien la haga, sin excluir no obstante la debida participacion de uno y otro; que no se confie la defensa de la patria á manos extrañas y mercenarias, sino que sean sus hijos quienes se disputen este honor. Ni los caudillos ni las tropas mercenarias hacen el elogio de la nacion que las emplea y son sobre todo la mengua de una república: un pais que confiese al oro la guarda de su independencia y libertad, mereceria por solo este hecho perderlas ambas.

Si los chihuahuenses se persuadiesen que es poco lo que tienen que esperar de sus vecinos, que el gobierno débil ó distraido en asuntos graves no ha de sacarlos de sus apuros, que el cielo no ha de mandar un ángel exterminador en su auxilio, y que por último nada que no venga de sí mismos ha de ser poderoso y eficaz para salvarlos; habrian dado un paso agigantado hácia su salud, se habrian puesto en el único camino que conduce á su salvacion, porque léjos de desesperarse tomarian desde este momento á pechos su propia defensa; y á buen seguro que un pueblo decidido y unido no acabase por exterminar ó reducir á la impotencia á tales enemigos.

Este giro que deberia tomar la guerra es una consecuencia de la revolucion que la independencia ha venido á operar en la situacion respectiva del pueblo y del gobierno. Cuando el pais era colonia no gozaba de libertad en sus movimientos, su accion estaba subordinada á la imitacion del gobierno, hasta su pensamiento estaba fuertemente ligado con la coyunda de la religion. El impulso partia, pues, entónces del gobierno, y este en cumplimiento de su mision inspirándose de un origen que no era precisamente el pueblo, presidia á la resolucion de todas las cuestiones que podian interesar la política general, la cual no se proponia mas norte que el engrandecimiento de la colonia, centro de los estrechos límites de su sumision á la metrópoli. El gobierno entónces, aceptando la carga con el provecho, no se eximió de proveer á todas las necesidades de la sociedad, y mas particularmente á su seguridad, emprendiendo con este objeto la guerra contra los bárbaros que infestaban las fronteras, y llevándola al cabo de la manera que hemos visto. Ahora la situacion se halla invertida y el pueblo ha debido adquirir la importancia que ántes tenia el gobierno, ó la revolucion carece de significado. Precisamente el pais adoptó la forma de gobierno, que mas expedita deja la accion del pueblo: el gobierno de una república no solo debe inspirarse y recibir su impulso de él, sino que la opinion debe presidir á todas sus operaciones para acelerar, retardar ó fiscalizar sus movimientos; él es esencialmente el gobierno del pueblo no solo porque debe ejercitarse en su provecho, sino porque nace y vive en este elemento, porque es un órgano que el pueblo se ha dado para regularizar y sistemar su accion.

La accion es el elemento en que viven las repúbli-



cas; promoverla debe ser por consiguiente el estudio del gobierno cuando las circunstancias lo requieran, porque ciertamente entre todos los síntomas de enfermedad que pueden ocurrir en ellas, ninguno es tan grave como la paralización física ó intelectual del pueblo, como su indiferencia por la cosa pública. La iniciativa política corresponde, pues, al pueblo con la particularidad de que como todo gobierno para bien funcionar debe ser fiel al principio que lo anima, es insubsanable el defecto de este requisito en la república, debiendo el suceso de su gobierno ser siempre proporcionado á la parte que el pueblo tome en su acción. Así, pues, si Chihuahua quiere hacer con fruto la guerra á los bárbaros, es preciso la haga como república, y no como colonia, que su acción nazca del pueblo, y que esté en armonía con las circunstancias físicas y políticas que lo dominan.

Ni le faltarian ejemplos sublimes que imitar en la decisión y arrojo de sus padres al establecerse en este suelo, y en la de tantos otros pueblos antiguos y modernos que han tenido que luchar con iguales ó mayores obstáculos. Los castellanos, por no ir mas lejos, tuvieron por ochocientos años que sostener una guerra de muerte con un enemigo formidable que desencadenando de la Asia y empujando á aquellas plagas por las olas de la muchedumbre filiada en sus banderas, animado del entusiasmo político y religioso y por el estímulo de sus glorias que llenaban á la sazón el orbe, vino á estallar-se toda su pujanza y á extinguirse ese inmenso movimiento que amagaba envolver en su vértigo toda la civilización de occidente, en la roca de unos cuantos pechos inflamados por lo que hay de mas grande en la tierra, por la patria y la religion. Y nótese que esta

guerra fué grande en sus medios y resultados, no solo por los intereses que figuraban en ella, sino por haber sido nacional, por ser el corazón del pueblo el punto de donde entonaba el impulso que le sostenia, debiendo tenerse presente que en esta formidable lucha se templó el carácter español y adquirió sus mas subidos quilates de susceptibilidad y heroismo, y sobre todo ese sentimiento de la dignidad humana y de la igualdad, en que ningun otro pueblo de la tierra le ha sacado jamás ventajas. La grandeza de España formada sobre el campo de batalla no ha olvidado despues el lazo de fraternidad que contrajo entónces con el pueblo.

Los Estados-Unidos del Norte tuvieron que luchar desde su establecimiento con obstáculos tanto mayores cuanto que nunca su posesion del terreno se marcó con un hecho ruidoso, como la conquista de Méjico, que tanto influyó sobre la imaginacion de las naciones que poblaban este continente, y cuanto que abandonados de su gobierno en los dias largos y difíciles de su tribulacion tuvieron que apechugar solos con las dificultades del suelo y del clima, y con poderosos enemigos que por do quiera se conjuraban en su ruina. En nuestros dias el colono norte-americano tropieza con los mismos obstáculos, y si bien está sostenido por el nombre de la gran nacion que deja á sus espaldas; todavía es cierto que no puede escapar á los compromisos que le cercan en medio de los bosques, sino á fuerza de industria, de union con sus vecinos y de valor, siendo uno de sus primeros cuidados, proveerse de armas y municiones, é identificándose por decirlo así con su rifle.

Así los estados del Oeste, partiendo de estos traba-



josos rudimentos, y formados en tal escuela, sin haber empezado por grandes ciudades levantadas como por encanto, cuando llega la viridad que les autoriza á pedir su incorporacion en la union, reunen á su aspecto un poco agreste un vigor de constitucion y sanidad de temperamento admirable, provenientes de su hábito de obrar y vencer dificultades, y de la inteligencia política y social que los anima, la cual habiendo nacido con la primera choza planteada por el primer colono, ha ido despues creciendo con el establecimiento, y hallándose constantemente al nivel de las nuevas necesidades que su estado social iba produciendo. Así, pues, recomendamos á los chihuahuenses estos modelos, no solo por las circunstancias análogas que encierran, sino por la cantidad de vida y movimiento que estas hicieron desenvolver, lo que si para toda sociedad es un beneficio, es en nuestro concepto necesidad para una república.

Creemos con lo dicho dejar sentar que un espíritu nacional es indispensable para formar la base del sistema de defensa contra los bárbaros en Chihuahua; que la union y el patrimonio deberian fundarlo; que el gobierno deberia prestarse no para comprimir este movimiento patriótico, sino para despertarlo, sostenerlo y dirigirlo; que los colonos deberian adiestrarse en el manejo y conocimiento de las armas; que la poblacion no deberia desparramarse sino establecerse con la mira primordial de su defensa fundando para ello una especie de colonias en cada punto que pudiesen bastarse á sí mismas; que los presidios y columnas volantes podrian levantarse de nuevo, pero habiendo de apoyarse en el espíritu militar del pais, y servirse por soldados ciudadanos.

## ESPOSICION

DEL

**EX-MINISTRO**

QUE LA SUSCRIBE,

SOBRE

**LAS DIFERENCIAS**

CON

 rancia.

*José F. Cuevas*

MEXICO.

Impreso por Ignacio Cumpido, calle de los Rebeldes numero 2.

1889.